
El Ladrón

Federico Gana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7501

Título: El Ladrón

Autor: Federico Gana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de junio de 2022

Fecha de modificación: 28 de junio de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Ladrón

(Cuento de Navidad)

Asistía en aquella tarde de primavera a una fiesta de Pascua organizada por una dama de mis relaciones en un lugar veraniego vecino a Santiago. Numerosas personas de mi conocimiento hallábanse allí reunidas: señoras, hermosas niñas, jóvenes; un pino cargado de juguetes estaba colocado en medio del gran salón de la casa; servíanse helados, cerveza, sandwiches, a los invitados. Pero el objeto principal de la fiesta era la invitación hecha a los huerfanitos del asilo del pueblo, a los que iban a repartirse refrescos, dulces y juguetes. La banda de músicos del lugar tocaba a cada instante animados valeses, marchas militares: todo era alegría, entusiasmo y animación. El hermoso y simpático rostro de la dueña de casa resplandecía de íntima satisfacción, porque el buen éxito de aquella fiesta de caridad aumentaba el prestigio social de la distinguida invitante; al día siguiente el periódico del pueblo diría: "En casa de la caritativa señora de X, los huerfanitos del asilo tal, han pasado un agradable día de Navidad".

Yo observaba con interés desde un rincón de la sala los detalles de aquella hermosa fiesta: los rostros de los pequeños huerfanitos embebidos en el brillante árbol de Pascua, del que pendían tantas cosas maravillosas, farolillos, trompetas, payasos, cajas de música, muñecas, fusiles, esferas de colores; las rápidas miradas de las hermosas niñas y de los jóvenes, que pronto habían de bailar en la animada y rápida matinee con que terminaría la fiesta. El sordo zumbido de las conversaciones me adormecía.

De improviso, en las ventanas del salón que daban a la calle,

advertí la figura de un pequeñuelo que, con las manos pegadas a los cristales y los ojos ardientes, miraba atentamente hacia adentro. El chicuelo, de cuatro o cinco años, era flacucho, moreno, desarrapado, astroso; en sus grandes ojos negros había esa profunda e indefinible seriedad con que la desgracia marca como una sombra fúnebre a sus elegidos.

Llegó por fin el instante en que debían repartirse los juguetes. Después de una pieza de música por la banda militar, las señoras y algunos de los íntimos de la casa principiaron a descolgar nerviosamente los numerosísimos juguetes que pendían del árbol y a repartirlos aquí y allá entre los niños. Los huerfanitos, vestidos con sus trajes de mezclilla azul, permanecían inmóviles, formados militarmente, atentos a las órdenes de la maestra, esperando la prebenda. De pronto, en la muchedumbre de los numerosos niñitos lujosamente vestidos, entre los que se distinguían los hijos de la dueña de casa, en el barullo de aquella rapidísima repartición, vi aparecer al muchacho que antes divisara en la ventana; había entrado furtivamente al salón y trataba de ocultar su harapienta figurilla entre todos aquellos frescos trajes primaverales: nadie fijaba su atención en el intruso, porque a todos les interesaba solamente el árbol y sus tesoros.

De repente vi que el muchachuelo, con rapidísimo salto, como el de un mono, llegó hasta una de las altas ramas del árbol de la que pendía un hermoso muñeco o arlequín, el que cogió con toda seguridad; nadie, excepto yo, observó el robo.

Después de la repartición de juguetes, los huerfanitos e invitados dispersáronse por el extenso parque que rodeaba las casas, y yo, no sé por que, seguí a mi pequeño ladrón, que marchaba ahora revuelto con la chiquillería, contemplando embelesado el arlequín con platillos que se había hurtado, y aquellos ojos antes sombríos y severos, brillaban ahora húmedos de pura e inocente alegría, contemplando nerviosamente todos los complicados secretos

del juguete.

Seguí andando sin perder de vista al péqueñuelo. Este ya se detenía para contemplar largamente al muñeco, ya lo estrechaba amorosamente entre sus bracitos.

De pronto, en una avenida del parque cruzada por sinuosos caminitos, sombreados por enormes pinos, vi un cochecillo o silla de ruedas sobre la que reposaba una ninita como de seis años, en la que reconocí a una de las hijas de la dueña de casa. Sabía yo que esta niñita, atacada de un mal terrible, desconocido y misterioso, agonizaba desde hacía varios meses en aquel lugar veraniego, esperando la muerte inevitable.

Era bellísima, con sus largos y ondulados cabellos rubios, su dulce rostro, al que la enfermedad había dado el tono inimitable del mármol. Los nítidos ojos azules, muy vagos, parecían mirar muy lejos. Sus manecitas enflaquecidas, blancas como un lienzo, reposaban sobre la colcha.

Así, vestida de blanco con lazos azules, el pálido rostro, los rubios cabellos, la inmovilidad del cuerpo, el silencio que la rodeaba, la sombra de los árboles, daban la impresión de una aparición seráfica.

El pequereñuelo se detuvo; toda su atención parecía haberse fijado en aquella imagen que tenía delante; el muñeco colgaba, olvidado, de una de sus manos.

Y como poseído de una sugestión misteriosa, avanzó lentamente, a trancos cortos, hacia el cochecito en que la niñita yacía, y con rápido movimiento cogió el muñeco con las dos manos y, respetuosamente, como quien hace una ofrenda, exclamó, depositándolo en las faldas de la enfermita, con voz ronca y breve:

—Señorita, tómelo, es suyo. Yo se lo doy.

La pequereñita tendió las débiles manos; cogió el juguete; lo

examinó un instante con un rápido resplandor de alegría en sus vagos ojos azules. Después le dijo con desmayado acento:

—Esto es tuyo; te lo han dado. Llévatelo.

El muchacho cogió el juguete, miró rápidamente a la enfermita... Después se alejó corriendo por los senderos del parque.

Federico Gana



Federico Gana Gana (Santiago de Chile, 15 de enero de 1867 – Ibídem, 22 de abril de 1926) fue un escritor y diplomático chileno.

Hijo mayor de Federico Gana Munizaga y Rosario Gana Castro,¹ primos hermanos entre sí y descendientes de Alberto Blest Gana. Inició sus estudios secundarios en el Liceo de Linares en 1878, donde cursó el primer año.

Continuó y finalizó su preparación secundaria en el Instituto Nacional. Obtuvo el título de Abogado en la Universidad de Chile en 1890, pero ejerció por muy poco tiempo.

Vivió principalmente en Santiago y en San Bernardo. En octubre de 1890 apareció su primera publicación en el semanario La Actualidad, el cuento "¡Pobre vieja!", que firmó con el seudónimo Pedro Simple. A fines de ese año fue nombrado Segundo Secretario de la Legación Chilena en Londres, cargo que dejó con la caída del gobierno de José Manuel Balmaceda. Regreso a Chile, en 1892.

En marzo de 1894, apareció otro cuento, "Por un perro", que más tarde tituló "Un carácter". En julio de 1897, La Revista Literaria publicó el relato "Una mañana de invierno", conocido luego como "La Maiga", con el que comienza la corriente de criollismo rural en el país. En 1903 se casó con Blanca Subercaseux del Río, con quien tuvo seis hijos. Este mismo año participó, junto a su amigo Baldomero Lillo, en un concurso literario organizado por la Revista Católica, con los cuentos "La señora", "En las montañas", y "La Maiga".

Colaboró en Zig-Zag desde 1906. En esta revista comenzó su publicación de sus Manchas de color en 1914. Una gran cantidad de páginas suyas circularon en diversas publicaciones periódicas, como La Revista Nueva, Sucesos, Silueta Magazine, El Mercurio, La Nación, Atenea, Las Últimas Noticias.

Los estudios sobre el cuento chileno y su evolución, ha establecido categóricamente que Federico Gana es el auténtico descubridor del campo chileno como tema de este género narrativo. Surgido en el ambiente modernista de fines del siglo XIX, sus cuentos juveniles revelan una natural vacilación entre esa tendencia subjetiva y evanescente que causó el modernismo en sus inicios y la utilización de los motivos concretos que ofrecía la naturaleza del país.